

Edith Wharton

La Campanilla
de la Doncella

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA CAMPANILLA DE LA DONCELLA

EDITH WHARTON

**PUBLICADO: 1902
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

LA CAMPANILLA DE LA DONCELLA

I

FUE el otoño después de que tuve la fiebre tifoidea. Había pasado tres meses en el hospital, y cuando salí tenía tan mala cara y andaba tan tambaleante que las dos o tres señoras a las que me presenté tuvieron miedo de contratarme. Se me había ido casi todo el dinero, y después de dos meses de pensión, yendo de agencia en agencia y contestando a cualquier anuncio que pareciera respetable, estuve a punto de desanimarme del todo, porque la inquietud no me había engordado, y no veía por qué habría de cambiar mi suerte. Sin embargo cambió —o eso creí en aquel momento. Una tal señora Railton, amiga de la señora que me trajo por primera vez a los Estados Unidos, me encontró un día por la calle y se detuvo a hablar conmigo: era una de esas personas que siempre tienen un trato amable. Me preguntó qué me pasaba para estar tan pálida, y cuando se lo expliqué: —Vaya, Hartley —me dijo—, creo que tengo exactamente el lugar que le conviene. Venga mañana y lo comentamos.

Al día siguiente, cuando fui a verla, me explicó que la señora que tenía en mente era una sobrina suya, una tal señora Brympton, una dama más bien joven pero algo delicada de salud, que vivía todo el año en su finca a

orillas del Hudson, porque no podía aguantar el cansancio de la vida en la ciudad.

—Bien, Hartley —dijo la señora Railton, con ese tono animoso que siempre me hacía sentir que las cosas iban a mejorar—, quiero que lo entienda bien: no es un lugar alegre adonde la envió. La casa es grande y sombría; mi sobrina es nerviosa, algo vaporosa; su marido... en fin, casi nunca está; y los dos hijos han muerto. Hace un año no se me habría ocurrido encerrar a una chica tan rozagante y activa como usted en un sepulcro; pero usted tampoco está especialmente animada ahora mismo, ¿verdad? Y un lugar tranquilo, con aire de campo y comida sana y horas tempranas, debería ser exactamente lo que le hace falta. No me malinterprete —añadió, pues supongo que debí de poner cara de abatimiento—; puede que le resulte aburrido, pero no será infeliz. Mi sobrina es un ángel. Su antigua doncella, que murió la pasada primavera, llevaba veinte años con ella y la adoraba. Es una señora bondadosa con todo el mundo, y donde la señora es bondadosa, como usted sabe, los criados suelen ser de buen humor, así que probablemente se llevará bien con el resto de la casa. Y usted es exactamente la persona que necesita mi sobrina: discreta, de buenos modales y con más educación de la que corresponde a su posición. Lee usted en voz alta bien, creo. Eso está bien; a mi sobrina le gusta que le lean. Quiere una doncella que pueda ser algo así como una compañera: la anterior lo era, y no sabe cuánto la echa de menos. Es una vida solitaria... En fin, ¿se ha decidido?

—Pues, señora —dije—, no le tengo miedo a la soledad.

—Bien, pues vaya; mi sobrina la tomará bajo mi recomendación. Le envió un telegrama ahora mismo y puede coger el tren de la tarde. No tiene a nadie que la atienda en este momento, y no quiero que pierda tiempo.

Estaba dispuesta a partir, aunque algo en mí vacilaba; y para ganar tiempo pregunté:

—¿Y el señor, señora?

—El señor casi nunca está, ya se lo digo —respondió la señora Railton con viveza—, y cuando está —añadió de repente—, no tiene usted más que mantenerse alejada de él.

Cogí el tren de la tarde y bajé en la estación de D— — hacia las cuatro. Un mozo con un cabriolé me esperaba, y partimos a buen paso. Era un día

gris de octubre, con la lluvia amenazando de cerca, y para cuando enfilamos por el bosque de la finca Brympton casi había anochecido. El camino serpenteaba por el bosque durante kilómetro y medio o dos, y desembocaba en un patio de grava rodeado de matorrales de arbustos altos y de aspecto oscuro. No había luces en las ventanas, y la casa *sí* tenía un aspecto un tanto sombrío.

No había hecho ninguna pregunta al mozo, pues nunca he sido de las que se forman una opinión de los nuevos amos a través de sus otros criados: prefiero esperar y ver por mí misma. Pero por el aspecto de todo pude notar que había llegado a una casa de buen tono, donde las cosas se hacían con esmero. Una cocinera de cara agradable me recibió en la puerta trasera y llamó a la doncella para que me subiera a mi habitación. —Verá usted a la señora más tarde —me dijo—. La señora Brympton tiene visita.

No me había figurado que la señora Brympton fuera una dama que tuviera muchas visitas, y de algún modo esas palabras me animaron. Seguí a la doncella escaleras arriba y vi, a través de una puerta en el rellano superior, que la parte principal de la casa parecía bien amueblada, con revestimientos de madera oscura y varios retratos antiguos. Otro tramo de escaleras nos llevó hasta el ala de los criados. Ya era casi de noche, y la doncella se disculpó por no haber traído luz. —Pero hay cerillas en su habitación —dijo—, y si va con cuidado no tendrá problema. Cuidado con el escalón al final del pasillo. Su habitación está justo al fondo.

Miré hacia adelante mientras hablaba, y a mitad del pasillo vi a una mujer de pie. Se retiró hacia un vano de puerta al pasar nosotras, y la doncella no pareció reparar en ella. Era una mujer delgada, de cara blanca, con un vestido y un delantal de tela oscura. La tomé por el ama de llaves y me pareció raro que no dijese nada, sino que me dirigió una larga mirada al pasar. Mi habitación daba a un pequeño hall cuadrado al final del pasillo. Frente a mi puerta había otra que estaba abierta: la doncella exclamó al verla.

—¡Mire! ¡La señora Blinder ha vuelto a dejar esa puerta abierta! —dijo, cerrándola.

—¿Es la señora Blinder el ama de llaves?

—No hay ama de llaves; la señora Blinder es la cocinera.

—¿Y esa es su habitación?

—¡Dios mío, no! —dijo la doncella con cierto mal humor—. Esa no es la habitación de nadie. Está vacía, quiero decir, y la puerta no debería estar abierta. La señora Brympton quiere que esté siempre cerrada con llave.

Abrió mi puerta y me condujo a una habitación arreglada, bien amueblada, con uno o dos cuadros en las paredes; y después de encender una vela se despidió, diciéndome que la merienda del servicio era a las seis y que la señora Brympton me recibiría después.

Los encontré a todos de trato agradable en la sala del servicio, y por lo que dejaban caer deduje que, como había dicho la señora Railton, la señora Brympton era la más bondadosa de las señoras; pero no presté mucha atención a su charla, pues estaba pendiente de si aparecía la mujer pálida del vestido oscuro. No se dejó ver, sin embargo, y me pregunté si comería aparte; pero si no era el ama de llaves, ¿por qué habría de hacerlo? De repente se me ocurrió que podría ser una enfermera titulada, y en ese caso sus comidas se le servirían naturalmente en su habitación. Si la señora Brympton era una inválida, lo más probable es que tuviera una enfermera. La idea me contrariaba, lo confieso, pues no siempre son las más fáciles con quienes convivir, y de haberlo sabido no habría aceptado el empleo. Pero ya estaba allí, y de nada servía poner cara larga; y como no soy de las que hacen preguntas, esperé a ver qué pasaba.

Cuando terminó la merienda, la doncella le preguntó al lacayo: —¿Se ha ido el señor Ranford? —y cuando él respondió que sí, me dijo que la acompañara a ver a la señora Brympton.

La señora Brympton estaba recostada en su dormitorio. Su diván estaba cerca de la chimenea y junto a él había una lámpara con pantalla. Era una dama de aspecto delicado, pero cuando sonrió sentí que no habría nada que no hiciera por ella. Me habló muy amablemente, en voz baja, preguntándome mi nombre y mi edad y cosas así, y si tenía todo lo que necesitaba, y si no me asustaba sentirme sola en el campo.

—Con usted no, señora —dije, y las palabras me sorprendieron cuando las pronuncié, pues no soy una persona impulsiva; pero fue como si hubiera pensado en voz alta.

Pareció complacerle, y dijo que esperaba que siguiera pensando lo mismo; luego me dio algunas instrucciones sobre su aseo y me dijo que Agnes, la doncella, me enseñaría a la mañana siguiente dónde se guardaban las cosas.

—Esta noche estoy cansada y cenaré arriba —dijo—. Agnes me subirá la bandeja, para que tenga tiempo de deshacer el equipaje e instalarse; y más tarde puede venir a ayudarme a desvestirme.

—Muy bien, señora —dije—. Llamaré con el timbre, supongo.

Me pareció que ponía una expresión extraña.

—No... Agnes irá a buscarla —dijo con presteza, y volvió a coger su libro.

En fin... aquello sí que era extraño: ¡que hubiera que ir a buscar a la doncella de la señora a través de la doncella de la casa cada vez que la señora la necesitara! Me pregunté si en la casa no habría timbres; pero al día siguiente me cercioré de que había uno en cada habitación, y uno especial que comunicaba el cuarto de mi señora con el mío; y después de eso sí que me pareció raro que, cada vez que la señora Brympton necesitaba algo, llamara a Agnes, que tenía que recorrer toda la longitud del ala de los criados para venir a buscarme.

Pero esa no era la única cosa rara en la casa. Al día siguiente descubrí que la señora Brympton no tenía enfermera; y entonces le pregunté a Agnes por la mujer que había visto en el pasillo la tarde anterior. Agnes dijo que no había visto a nadie, y noté que pensaba que yo había soñado. Es verdad que estaba oscureciendo cuando bajamos por el pasillo, y ella se había disculpado por no traer luz; pero yo había visto a la mujer con la suficiente claridad como para reconocerla si nos encontráramos. Decidí que debía de ser una amiga de la cocinera o de alguna de las otras criadas: quizás había venido de la ciudad para pasar la noche de visita, y los criados querían mantenerlo en secreto. Hay señoras muy estrictas en lo de tener a los amigos de sus criados en casa por las noches. En cualquier caso, decidí no hacer más preguntas.

Al cabo de un par de días ocurrió otra cosa extraña. Una tarde estaba charlando con la señora Blinder, que era una mujer de buen trato y llevaba más tiempo en la casa que los demás criados, y me preguntó si estaba có-

moda y si tenía todo lo que necesitaba. Le dije que no tenía ninguna queja de mi situación ni de mi señora, pero que me parecía raro que en una casa tan grande no hubiera cuarto de costura para la doncella.

— Vaya —dijo—, *sí* que lo hay; la habitación donde está usted era el antiguo cuarto de costura.

— Ah —dije—; ¿y dónde dormía la otra doncella?

Con eso se turbó y dijo precipitadamente que el año anterior habían cambiado todas las habitaciones del servicio y que ya no lo recordaba bien.

Eso me pareció raro, pero seguí como si no lo hubiera notado: —Pues bien, hay una habitación vacía enfrente de la mía, y pienso pedirle a la señora Brympton que me deje usarla como cuarto de costura.

Para mi asombro, la señora Blinder se puso blanca y me apretó la mano con fuerza. —No haga eso, querida —dijo temblando—. Para decirle la verdad, esa era la habitación de Emma Saxon, y mi señora la ha tenido cerrada desde su muerte.

—¿Y quién era Emma Saxon?

—La antigua doncella de la señora Brympton.

—¿La que estuvo con ella tantos años? —dije, recordando lo que me había contado la señora Railton.

La señora Blinder asintió.

—¿Cómo era?

—No ha habido mejor persona en este mundo —dijo la señora Blinder—. Mi señora la quería como a una hermana.

—Me refiero a... ¿qué aspecto tenía?

La señora Blinder se levantó y me dirigió una mirada casi enojada. —No se me da bien describir —dijo—, y creo que se me está subiendo la masa.

—Y se fue a la cocina y cerró la puerta tras de sí.

LLEVABA casi una semana en Brympton antes de ver a mi señor. Llegó aviso de que llegaría una tarde, y un cambio recorrió toda la casa. Era evidente que nadie lo quería en el servicio. La señora Blinder puso un cuidado especial en la cena de esa noche, pero le habló a la pinche de cocina de una manera que no era nada habitual en ella; y el señor Wace, el mayordomo, un hombre serio y pausado, iba a sus quehaceres como si se estuviera preparando para un entierro. Era muy aficionado a la Biblia, el señor Wace, y tenía un hermoso repertorio de textos a su disposición; pero ese día soltó palabras tan terribles que estuve a punto de levantarme de la mesa, hasta que me aseguró que todo era del libro de Isaías; y observé que siempre que llegaba el señor, el señor Wace recurría a los profetas.

Hacia las siete, Agnes me llamó a la habitación de mi señora; y allí encontré al señor Brympton. Estaba de pie junto a la chimenea: un hombre grande, rubio y de cuello de toro, con la cara encarnada y unos ojos azules pequeños y malhumorados; el tipo de hombre que una simplona joven podría haber encontrado guapo, y que habría pagado caro ese error.

Se giró bruscamente cuando entré y me repasó de arriba abajo en un instante. Reconocí lo que significaba aquella mirada, por haberla experimentado una o dos veces en mis anteriores empleos. Luego me volvió la espalda y siguió hablando con su esposa; y supe lo que *eso* significaba también. No era el tipo de bocado que él buscaba. La fiebre tifoidea me había servido de algo en ese sentido: mantenía alejada a ese tipo de caballeros.

—Esta es mi nueva doncella, Hartley —dijo la señora Brympton con su voz amable; y él asintió y siguió con lo que estaba diciendo.

Al cabo de un momento o dos se fue, y dejó a mi señora para que se vistiera para la cena, y noté mientras la atendía que estaba pálida y fría al tacto.

El señor Brympton se marchó a la mañana siguiente, y toda la casa suspiró de alivio cuando se alejó en el carruaje. En cuanto a mi señora, se puso

el sombrero y las pieles (pues era una hermosa mañana de invierno) y salió a dar un paseo por los jardines, volviendo bastante lozana y sonrosada, de modo que por un instante, antes de que el color se le fuera, pude imaginar lo linda que debía de haber sido de joven, y no hacía tanto tiempo, tampoco.

Había encontrado al señor Ranford en los jardines, y los dos volvieron juntos, recuerdo, sonriendo y conversando mientras caminaban por la terraza bajo mi ventana. Fue la primera vez que vi al señor Ranford, aunque había oído su nombre mencionado a menudo en el servicio. Era un vecino, al parecer, que vivía a kilómetro y medio o dos de Brympton, al final del pueblo; y como tenía la costumbre de pasar los inviernos en el campo era casi la única compañía que tenía mi señora en esa temporada. Era un caballero delgado y alto de unos treinta años, y me pareció bastante melancólico hasta que le vi sonreír, una sonrisa que tenía algo de sorpresa, como el primer día cálido de primavera. Era un gran lector, según oí, como mi señora, y los dos se prestaban libros continuamente, y a veces (me contó el señor Wace) él le leía en voz alta a la señora Brympton durante horas, en la gran biblioteca oscura donde ella pasaba las tardes de invierno. Los criados le teníamos todos aprecio, y quizás eso es un elogio mayor de lo que los señores suponen. Tenía una palabra amable para cada uno de nosotros, y nos alegraba pensar que la señora Brympton tenía un caballero tan agradable y buen conversador para hacerle compañía cuando el señor estaba fuera. El señor Ranford parecía llevarse también muy bien con el señor Brympton; aunque no podía dejar de preguntarme cómo dos caballeros tan distintos el uno del otro podían ser tan amigos. Pero luego pensaba en lo bien que sabe guardar las apariencias la gente de verdadera alcurnia.

En cuanto al señor Brympton, venía y se iba, sin quedarse nunca más de uno o dos días, maldiciendo el aburrimiento y la soledad, quejándose de todo y (como pronto descubrí) bebiendo bastante más de lo que le convenía. Después de que la señora Brympton se retiraba de la mesa, él se quedaba media noche sentado ante el viejo oporto y madeira de los Brympton, y una vez, cuando salía de la habitación de mi señora algo más tarde de lo habitual, me lo encontré subiendo las escaleras en tal estado que me revolvió el estómago pensar en lo que algunas señoras tienen que aguantar y callar.

Los criados hablaban muy poco de su señor; pero por lo que dejaban caer podía ver que había sido un matrimonio desgraciado desde el principio. El señor Brympton era basto, ruidoso y amante de los placeres; mi señora,

tranquila, retraída, y quizás un poco fría. No es que no le hablara siempre con amabilidad: yo la encontraba admirablemente paciente; pero para un caballero tan libre como el señor Brympton, supongo que ella le parecería un poco esquiva.

En fin, las cosas siguieron tranquilas durante varias semanas. Mi señora era bondadosa, mis obligaciones eran ligeras, y me llevaba bien con los demás criados. En suma, no tenía de qué quejarme; y sin embargo siempre había algo que me pesaba. No sabría decir por qué era así, pero sé que no era la soledad lo que sentía. Pronto me acostumbré a ella; y estando aún débil por la fiebre, agradecía la tranquilidad y el buen aire del campo. Con todo, nunca me sentía del todo tranquila. Mi señora, sabiendo que había estado enferma, insistía en que saliese a dar mi paseo con regularidad, y a menudo inventaba recados para mí: un trozo de cinta que ir a buscar al pueblo, una carta que echar al correo o un libro que devolver al señor Ranford. En cuanto salía a la calle me levantaban los ánimos, y esperaba con ilusión mis paseos por el bosque húmedo y desnudo; pero en el momento en que divisaba la casa de nuevo el corazón se me caía al fondo como una piedra en un pozo. La casa no era exactamente lúgubre, y sin embargo nunca entraba en ella sin que se me viniera encima una sensación de tristeza.

La señora Brympton salía poco en invierno; solo en los días más despejados daba una hora de paseo al mediodía en la terraza sur. A excepción del señor Ranford, no teníamos más visitas que el médico, que venía en coche desde D— — más o menos una vez por semana. Me llamó una o dos veces para darme alguna indicación sin importancia sobre mi señora, y aunque nunca me dijo qué enfermedad tenía, pensé, por un aspecto cetrino que tenía de vez en cuando por las mañanas, que podría ser el corazón lo que le fallaba. La temporada era suave y malsana, y en enero tuvimos un largo período de lluvias. Eso me costó trabajo, lo confieso, pues no podía salir, y sentada todo el día sobre la costura, escuchando el goteo del alero, me puse tan nerviosa que cualquier ruido me hacía saltar. De algún modo, el pensamiento de aquella habitación cerrada al otro lado del pasillo empezó a pesarme. Una o dos veces, en las largas noches de lluvia, me pareció oír ruidos allí; pero eso eran tonterías, claro, y la luz del día se llevaba esas ideas. Pues bien, una mañana la señora Brympton me dio una grata sorpresa diciéndome que quería que fuera a la ciudad a hacer unas compras. Hasta en-

tonces no había sido consciente de lo bajo que habían caído mis ánimos. Salí muy animada, y la primera vista de las calles llenas de gente y las tiendas alegres me sacó completamente de mí misma. Sin embargo, hacia la tarde el ruido y el bullicio empezaron a cansarme, y en realidad estaba empezando a desear la tranquilidad de Brympton, y pensando en el placer que sería el viaje de vuelta por el bosque oscuro, cuando me tropecé con una antigua conocida, una doncella con la que había estado una vez en servicio. Nos habíamos perdido la pista durante varios años, y tuve que detenerme y contarle lo que me había pasado en ese tiempo. Cuando mencioné dónde vivía, puso los ojos en blanco y puso cara larga.

—¡Cómo! ¿La señora Brympton que vive todo el año en su finca del Hudson? Querida, no durará usted allí tres meses.

—Pero si a mí no me importa el campo —dije, algo ofendida por su tono—. Desde la fiebre agradezco la tranquilidad.

Ella meneó la cabeza. —No es el campo lo que me preocupa. Solo sé que ha tenido cuatro doncellas en los últimos seis meses, y la última, que era amiga mía, me dijo que era imposible quedarse en esa casa.

—¿Le dijo por qué? —pregunté.

—No... no quiso darme la razón. Pero me dijo: *Señora Ansey, me dijo, si conoce a alguna joven que piense ir allí, dígale que no vale la pena deshacer las maletas.*

—¿Es joven y guapa? —pregunté, pensando en el señor Brympton.

—¡Qué va! Es del tipo que contratan las madres cuando tienen hijos jóvenes y alegres en la universidad.

En fin, aunque sabía que aquella mujer era una cotilla de cuidado, las palabras se me quedaron grabadas, y el corazón se me cayó aún más al suelo cuando llegué a Brympton en la penumbra. *Había* algo en esa casa, ahora estaba segura...

Cuando fui a merendar me enteré de que el señor Brympton había llegado, y vi de un vistazo que había habido algún tipo de disturbio. A la señora Blinder le temblaba tanto la mano que apenas podía servir el té, y el señor Wace citaba textos terribilísimos llenos de fuego y azufre. Nadie me dijo

nada en aquel momento, pero cuando subí a mi habitación la señora Blinder me siguió.

—¡Ay, querida —dijo tomándome la mano—, qué contenta estoy de que haya vuelto!

Aquello me chocó, como es de imaginar. —Pero ¿pensaba que me iba a ir para siempre? —dije.

—No, no, claro que no —dijo, algo confusa—, pero no aguanto que mi señora esté sola ni un solo día. —Me apretó la mano con fuerza, y—: ¡Ay, señorita Hartley —dijo—, sea buena con su señora, como buena cristiana que es! —Y dicho eso salió corriendo y me dejó sin saber qué pensar.

Un momento después Agnes me llamó para ir a ver a la señora Brympton. Oyendo la voz del señor Brympton en su cuarto, di la vuelta por el tocador, pensando en preparar su traje de noche antes de entrar. El tocador es una habitación grande con una ventana sobre el porche que da a los jardines. Las habitaciones del señor Brympton están más allá. Cuando entré, la puerta al dormitorio estaba entornada, y oí al señor Brympton decir con enfado: —Cualquiera diría que es la única persona digna de hablar con usted.

—No tengo muchas visitas en invierno —respondió la señora Brympton con calma.

—¡Me tiene a *mí*! —saltó él, burlón.

—Usted está aquí tan pocas veces —dijo ella.

—Bien... ¿y de quién es la culpa? Convierte usted este lugar en algo tan animado como una cripta familiar...

Con eso hice ruido con las cosas del tocador para avisar a mi señora, y ella se levantó y me llamó.

Los dos cenaron solos, como de costumbre, y supe por los modales del señor Wace en la cena del servicio que las cosas debían de ir mal. Citó a los profetas de manera terrible e impresionó tanto a la pinche de cocina que declaró que no bajaría sola a guardar la carne fría en el frigorífico. Yo misma estaba nerviosa, y después de acostar a mi señora estuve tentada de bajar a persuadir a la señora Blinder de que se quedara un rato jugando a las cartas. Pero oí que cerraba su puerta para retirarse, y seguí hacia mi habitación. La

lluvia había vuelto a empezar, y el goteo, goteo, goteo parecía caer dentro de mi cabeza. Me quedé despierta escuchándolo y dándole vueltas a lo que me había dicho mi conocida de la ciudad. Lo que me desconcertaba era que siempre eran las doncellas las que se iban...

Al rato me dormí; pero de pronto un ruido fuerte me despertó. Mi timbre había sonado. Me senté en la cama, aterrada por el sonido insólito, que parecía seguir repicando en la oscuridad. Me temblaban tanto las manos que no encontraba las cerillas. Por fin encendí una y salté de la cama. Empecé a pensar que debía de haber soñado; pero miré el timbre en la pared, y el martillito aún estaba vibrando.

Estaba justo empezando a ponerme la ropa a toda prisa cuando oí otro sonido. Esta vez era la puerta de la habitación cerrada con llave que tenía enfrente, abriéndose y cerrándose suavemente. Lo oí con toda claridad, y me asustó tanto que me quedé paralizada. Luego oí unos pasos que se apresuraban por el pasillo hacia la casa principal. Como el suelo estaba enmoquetado, el sonido era muy tenue, pero estaba completamente segura de que era el paso de una mujer. Me quedé helada de pensarlo, y durante un minuto o dos no pude respirar ni moverme. Luego recobré el sentido.

— Alice Hartley — me dije —, alguien acaba de salir de esa habitación y ha corrido por el pasillo delante de ti. La idea no es agradable, pero más vale que la aceptes. Tu señora ha llamado con el timbre, y para responder tienes que ir por donde ha ido esa otra mujer.

En fin... lo hice. Nunca he caminado más rápido en mi vida, y sin embargo me parecía que nunca iba a llegar al final del pasillo ni alcanzar la habitación de la señora Brympton. Por el camino no oí nada ni vi nada: todo estaba oscuro y quieto como la tumba. Cuando llegué a la puerta de mi señora el silencio era tan profundo que empecé a pensar que debía de estar soñando, y estuve a punto de dar media vuelta. Entonces me entró el pánico y llamé.

No hubo respuesta, y volví a llamar con fuerza. Para mi asombro, quien abrió la puerta fue el señor Brympton. Se echó hacia atrás al verme, y a la luz de mi vela su cara parecía encarnada y feroz.

— ¡Usted! — dijo, con una voz extraña. — *¿Cuántas sois, por el amor de Dios?*

Con eso noté que el suelo cedía bajo mis pies; pero me dije que había estado bebiendo, y respondí lo más serenamente que pude: —¿Puedo entrar, señor? La señora Brympton ha llamado con el timbre.

—Pueden entrar todas, por lo que a mí respecta —dijo, y pasando a mi lado se alejó por el pasillo hacia su propio dormitorio. Lo miré mientras se alejaba, y para mi sorpresa vi que andaba tan derecho como un hombre sobrio.

Encontré a mi señora tumbada, muy débil y quieta, pero esbozó una sonrisa al verme y me indicó con gestos que le echara unas gotas. Después estuvo acostada sin hablar, respirando con agitación y con los ojos cerrados. De repente extendió la mano a tientas, y —*Emma* —dijo en voz muy baja.

—Soy Hartley, señora —dije—. ¿Necesita algo?

Abrió los ojos de par en par y me dirigió una mirada asustada.

—Estaba soñando —dijo—. Ya puede retirarse, Hartley, y muchas gracias. Estoy perfectamente bien, ya ve. —Y volvió la cara hacia el otro lado.

III

NO pegué ojo en lo que quedaba de noche, y agradecí la llegada de la luz del día.

Poco después, Agnes me llamó para ir a ver a la señora Brympton. Temí que estuviera enferma otra vez, pues rara vez me mandaba llamar antes de las nueve, pero la encontré sentada en la cama, pálida y ojerosa, aunque completamente dueña de sí misma.

—Hartley —dijo con presteza—, ¿podría ponerse el abrigo ahora mismo e ir al pueblo a buscarme algo? Quiero que preparen esta receta... —Aquí

vaciló un instante y se ruborizó—, y me gustaría que estuviera de vuelta antes de que se levante el señor Brympton.

—Desde luego, señora —dije.

—Y... espere un momento —me llamó como si se le acabara de ocurrir algo—. Mientras espera que preparen el medicamento, tendrá tiempo de ir a casa del señor Ranford con esta nota.

Eran tres kilómetros hasta el pueblo, y por el camino tuve tiempo de darle vueltas a las cosas. Me pareció raro que mi señora quisiera preparar la receta sin que el señor Brympton lo supiera; y, relacionando esto con la escena de la noche anterior, y con muchas otras cosas que había observado y sospechado, empecé a preguntarme si la pobre señora no estaría harta de su vida y hubiera llegado a la loca decisión de acabar con ella. La idea me asaltó con tal fuerza que llegué al pueblo corriendo y me desplomé sin aliento en una silla ante el mostrador del farmacéutico. El buen hombre, que estaba justo bajando los cierres, me miró de tal modo que volví en mí.

—Señor Limmel —dije, intentando hablar con indiferencia—, ¿podría echarle un vistazo a esto y decirme si está bien?

Se puso las gafas y estudió la receta.

—Vaya, es del doctor Walton —dijo—. ¿Qué podría tener de malo?

—Bueno... ¿es peligroso tomarlo?

—¿Peligroso? ¿En qué sentido?

Habría podido sacudirle por su torpeza.

—Quiero decir... si alguien tomase demasiado... por error, claro está... —dije, con el corazón en un puño.

—¡Dios bendito, no! No es más que agua de cal. Podría dárselo a un bebé a botelladas.

Suspiré de alivio y me apresuré hacia casa del señor Ranford. Pero por el camino me asaltó otro pensamiento. Si no había nada que ocultar en mi visita al farmacéutico, ¿era mi otro recado el que la señora Brympton quería mantener en secreto? De algún modo, ese pensamiento me asustó más que el otro. Y sin embargo los dos caballeros parecían buenos amigos, y yo habría apostado la cabeza por la bondad de mi señora. Me avergoncé de mis

sospechas y concluí que aún me tenían alterada los extraños sucesos de la noche. Dejé la nota en casa del señor Ranford y, apresurándome de regreso a Brympton, me colé por una puerta lateral sin que me vieran, según creí.

Sin embargo, una hora después, cuando llevaba el desayuno a mi señora, me detuvo en el pasillo el señor Brympton.

—¿Qué estaba haciendo fuera tan temprano? —dijo, mirándome fijamente.

—¿Temprano... yo, señor? —dije, temblando.

—Vamos, vamos —dijo, con una mancha roja encendida en la frente—, ¿no la vi escabullirse por el arbusto hace una hora o más?

Soy una mujer sincera por naturaleza, pero en ese momento se me escapó una mentira ya hecha. —No, señor, no me vio —dije, y lo miré fijamente a los ojos.

Se encogió de hombros y soltó una risa hosca. —¿Supone usted que anoche estaba borracho? —preguntó de repente.

—No, señor, no —respondí, esta vez con suficiente sinceridad.

Se dio media vuelta con otro encogimiento de hombros. —¡Vaya concepto tienen de mí mis criados! —le oí murmurar mientras se alejaba.

No fue hasta que me senté a coser por la tarde cuando me di cuenta de hasta qué punto me habían sacudido los sucesos de la noche. No podía pasar ante aquella puerta cerrada sin estremecerme. Sabía que había oído a alguien salir de allí y caminar por el pasillo delante de mí. Pensé en hablar con la señora Blinder o con el señor Wace, los únicos dos en la casa que parecían estar al tanto de lo que ocurría, pero tenía la sensación de que si les preguntaba lo negarían todo, y que podría enterarme de más callándome y manteniendo los ojos abiertos. La idea de pasar otra noche enfrente de la habitación cerrada me revolvía el estómago, y una vez me vino el impulso de hacer las maletas y coger el primer tren a la ciudad; pero no era capaz de abandonar así a una señora tan bondadosa, e intenté seguir cosiendo como si no hubiera pasado nada.

No llevaba ni diez minutos cosiendo cuando la máquina de coser se averió. Era una que había encontrado en la casa, una buena máquina pero un tanto desajustada: la señora Blinder dijo que no se había usado desde la

muerte de Emma Saxon. Me detuve a ver qué le pasaba, y mientras trabajaba en la máquina un cajón que nunca había conseguido abrir resbaló hacia delante y cayó una fotografía. La recogí y me quedé mirándola atónita. Era el retrato de una mujer, y supe que había visto ese rostro en algún sitio; los ojos tenían una expresión suplicante que había sentido sobre mí antes. Y de repente recordé a la mujer pálida del pasillo.

Me puse de pie, helada de pies a cabeza, y salí corriendo de la habitación. El corazón me latía en la cabeza y sentí que no podría librarme nunca de la mirada de esos ojos. Fui directa a ver a la señora Blinder. Estaba echando la siesta y se incorporó de un salto cuando entré.

—Señora Blinder —dije—, ¿quién es esta? —Y le tendí la fotografía.

Se restregó los ojos y la miró.

—Pues Emma Saxon —dijo—. ¿Dónde la ha encontrado?

La miré fijamente un momento. —Señora Blinder —dije—, he visto ese rostro antes.

La señora Blinder se levantó y fue hacia el espejo. —¡Ay, Dios mío, me he debido de quedar dormida! —dijo—. Tengo el moño completamente torcido. Y ahora, por favor, señorita Hartley, que oigo el reloj dando las cuatro y tengo que bajar ahora mismo a poner el jamón de Virginia para la cena del señor Brympton.

IV

APARENTEMENTE, las cosas siguieron como siempre durante una semana o dos. La única diferencia era que el señor Brympton se quedó, en vez de marcharse como solía, y que el señor Ranford no apareció por allí. Oí

que el señor Brympton lo comentó una tarde cuando estaba sentado en la habitación de mi señora antes de cenar.

—¿Dónde está Ranford? —dijo—. No ha pasado por aquí en toda una semana. ¿Se mantiene alejado porque estoy yo?

La señora Brympton respondió en voz tan baja que no pude oír sus palabras.

—En fin —prosiguió él—, dos son compañía y tres son multitud; lamento estar estorbando al señor Ranford, y supongo que tendré que marcharme de nuevo dentro de un par de días para darle su oportunidad. —Y se rió de su propia gracia.

Al día siguiente, como por casualidad, el señor Ranford vino de visita. El lacayo contó que los tres estuvieron muy alegres durante la merienda en la biblioteca, y el señor Brympton acompañó al señor Ranford hasta la verja cuando se fue.

He dicho que las cosas siguieron como siempre; y así fue para el resto de la casa; pero en cuanto a mí, nunca había vuelto a ser la misma desde la noche en que sonó mi timbre. Noche tras noche me quedaba despierta, escuchando por si volvía a sonar, y por si la puerta de la habitación cerrada se abría furtivamente. Pero el timbre no volvió a sonar, y no oí ningún sonido al otro lado del pasillo. Por fin el silencio empezó a parecerme más aterrador que los ruidos más misteriosos. Sentía que *alguien* estaba agazapado allí, detrás de la puerta cerrada, vigilando y escuchando mientras yo vigilaba y escuchaba, y casi habría podido gritar: «¡Quienquiera que seas, sal y déjame verte cara a cara, pero no aceches ahí espiándome en la oscuridad!»

Sintiéndome como me sentía, quizás se preguntarán cómo es que no di aviso de que me marchaba. Una vez estuve a punto de hacerlo; pero en el último momento algo me retuvo. No sé si fue la compasión por mi señora, que dependía de mí cada vez más, o la reticencia a buscar otro empleo, o algún otro sentimiento al que no podía ponerle nombre: seguí allí como si estuviera hechizada, aunque las noches me atormentaban y los días no eran mucho mejores.

Una cosa era que el aspecto de la señora Brympton no me gustaba. Desde aquella noche, ella tampoco había vuelto a ser la misma. Pensé que mejoraría cuando se fuera el señor Brympton, pero aunque parecía más tranquila

de ánimo, sus fuerzas no se recuperaban, ni tampoco su espíritu. Se había encariñado conmigo y parecía gustarle tenerme cerca; y Agnes me dijo un día que, desde la muerte de Emma Saxon, yo era la única doncella con quien su señora había congeniado. Eso me llenó de afecto por la pobre señora, aunque en realidad había poco que yo pudiera hacer por ayudarla.

Después de que el señor Brympton se marchara, el señor Ranford volvió a venir, aunque con menos frecuencia que antes. Me lo encontré una o dos veces en los jardines o en el pueblo, y no podía dejar de pensar que también él había cambiado; pero lo achaqué a mi imaginación alterada.

Pasaron las semanas, y el señor Brympton llevaba ya un mes fuera. Nos enteramos de que estaba de crucero con un amigo en las Indias Occidentales, y el señor Wace dijo que eso quedaba muy lejos, pero que aunque uno tuviese alas de paloma y fuese a los confines de la tierra, no podría escapar del Todopoderoso. Agnes dijo que mientras se mantuviera lejos de Brympton, el Todopoderoso podía quedárselo con mucho gusto; y eso provocó risas, aunque la señora Blinder intentó parecer escandalizada y el señor Wace dijo que los osos nos devorarían.

Todos nos alegrábamos de que las Indias Occidentales estuvieran tan lejos, y recuerdo que, a pesar de la cara seria del señor Wace, tuvimos una cena muy animada ese día en el servicio. No sé si era porque yo estaba de mejor humor, pero me pareció que la señora Brympton también tenía mejor aspecto y parecía más alegre en su trato. Había dado un paseo por la mañana, y después del almuerzo se recostó en su habitación, y yo le leí en voz alta. Cuando me despidió fui a mi habitación sintiéndome bastante animada y contenta, y por primera vez en semanas pasé ante la puerta cerrada sin pensar en ella. Al sentarme a coser miré afuera y vi caer unos copos de nieve. El espectáculo era más agradable que la lluvia eterna, y me imaginé lo bonito que quedarían los jardines desnudos bajo su manto blanco. Me pareció que la nieve cubriría toda la tristeza, la de dentro y la de fuera.

Apenas había cruzado ese pensamiento por mi mente cuando oí pasos a mi lado. Levanté la vista, pensando que era Agnes.

—Vamos, Agnes... —dije, y las palabras se me helaron en la boca; porque allí, en la puerta, estaba Emma Saxon.

No sé cuánto tiempo estuvo allí de pie. Solo sé que no podía moverme ni apartar los ojos de ella. Después me entró un miedo terrible, pero en ese momento no era miedo lo que sentía, sino algo más hondo y más quieto. Me miró largo y tendido, y su cara era una plegaria muda dirigida a mí; pero ¿cómo podía yo ayudarla? De repente se volvió, y la oí caminar por el pasillo. Esta vez no tuve miedo de seguirla: sentía que tenía que saber qué quería. Me levanté de un salto y salí corriendo. Estaba al otro extremo del pasillo, y esperaba que tomara el camino hacia la habitación de mi señora; pero en vez de eso empujó la puerta que daba a la escalera de servicio. La seguí por la escalera y a través del pasadizo hasta la puerta trasera. La cocina y el hall estaban vacíos a esa hora, pues los criados tenían el rato libre, excepto el lacayo, que estaba en la despensa. En la puerta se detuvo un momento y me dirigió otra mirada; luego giró el pomo y salió. Por un instante dudé. ¿Adónde me llevaba? La puerta se había cerrado suavemente tras ella, y la abrí y miré afuera, esperando a medias que hubiera desaparecido. Pero la vi a pocos metros, cruzando el patio hacia el sendero que atravesaba el bosque. Su figura parecía negra y solitaria en la nieve, y por un segundo me flaqueó el ánimo y pensé en volver. Pero todo el tiempo ella me atraía hacia sí; y tomando un chal viejo de la señora Blinder salí corriendo al exterior.

Emma Saxon estaba ya en el sendero del bosque. Caminaba con paso firme, y yo la seguía al mismo ritmo, hasta que pasamos por las verjas y llegamos a la carretera principal. Entonces se adentró por los campos abiertos hacia el pueblo. A estas alturas el suelo estaba blanco, y cuando subió la ladera de una colina pelada que tenía delante noté que no dejaba huellas en la nieve. Al ver eso, el corazón se me encogió y las rodillas se me volvieron de agua. De algún modo, aquí afuera era peor que dentro. Hacía que todo el campo pareciera solitario como la tumba, sin más que nosotras dos en él, sin ayuda posible en todo el ancho mundo.

Una vez intenté dar la vuelta; pero ella se giró y me miró, y fue como si me arrastrara con cuerdas. Después de eso la seguí como un perro. Llegamos al pueblo, y ella me guió a través de él, pasando la iglesia y la herrería, y bajando por el callejón hasta casa del señor Ranford. La casa del señor Ranford está muy cerca de la carretera: un edificio sencillo y anticuado, con un camino de losas que lleva a la puerta entre setos de boj. El callejón estaba desierto, y al entrar en él vi que Emma Saxon se detenía bajo el viejo olmo junto a la verja. Y entonces me invadió otro miedo. Vi que

habíamos llegado al final de nuestro camino, y que me tocaba actuar a mí. Durante todo el trayecto desde Brympton me había preguntado qué me quería, pero había seguido como en trance, y no fue hasta que la vi detenerse ante la verja del señor Ranford que mi mente empezó a despejarse. Me quedé un poco apartada en la nieve, con el corazón latiéndome a punto de ahogarme y los pies helados en el suelo; y ella se quedó bajo el olmo mirándome.

Sabía muy bien que no me había llevado hasta allí sin motivo. Sentía que había algo que debía decir o hacer; pero ¿cómo adivinar qué era? Nunca había pensado mal de mi señora y del señor Ranford, pero ahora estaba segura de que, por una u otra razón, alguna cosa terrible se cernía sobre ellos. *Ella* sabía qué era; me lo diría si pudiera; quizás respondería si yo le preguntaba.

Me mareé de pensar en hablarle; pero me armé de valor y me arrastré los pocos metros que nos separaban. Al hacerlo, oí que la puerta de la casa se abría y vi que el señor Ranford se acercaba. Tenía buen aspecto y estaba alegre, como lo había estado mi señora esa mañana, y al verle la sangre volvió a correr por mis venas.

—Pero Hartley —dijo—, ¿qué ocurre? La he visto bajar por el callejón hace un momento y he salido a ver si había echado raíces en la nieve. —Se detuvo y me miró fijamente—. ¿Qué está mirando? —dijo.

Me volví hacia el olmo mientras hablaba, y sus ojos me siguieron; pero allí no había nadie. El callejón estaba vacío hasta donde alcanzaba la vista.

Me sobrevino una sensación de impotencia. Ella se había ido, y yo no había podido adivinar qué quería. Su última mirada me había traspasado hasta la médula; y sin embargo, ¡no me lo había dicho! De repente me sentí más desolada que cuando ella había estado allí mirándome. Era como si me hubiera dejado sola para cargar con el peso del secreto que yo no podía descifrar. La nieve giraba a mi alrededor en grandes círculos, y el suelo se alejaba bajo mis pies...

Un poco de coñac y el calor del fuego del señor Ranford pronto me volvieron en mí, e insistí en que me llevaran de vuelta a Brympton en seguida. Casi había oscurecido, y me preocupaba que mi señora pudiera necesitar me. Le expliqué al señor Ranford que había salido a dar un paseo y que

me había dado un mareo al pasar por su verja. Era verdad; y sin embargo nunca me he sentido más mentirosa que en ese momento.

Cuando vestí a la señora Brympton para la cena, comentó mi palidez y me preguntó qué me pasaba. Le dije que tenía dolor de cabeza, y ella dijo que no me necesitaría más esa noche y me aconsejó que me fuera a la cama.

Era verdad que apenas podía mantenerme en pie; y sin embargo no tenía ganas de pasar una noche solitaria en mi habitación. Me quedé abajo en el hall todo el tiempo que pude mantener la cabeza erguida; pero a las nueve me arrastré escaleras arriba, demasiado agotada para preocuparme de nada con tal de poder apoyar la cabeza en una almohada. El resto de la servidumbre se fue a la cama poco después; se acostaban temprano cuando el señor estaba fuera, y antes de las diez oí cerrarse la puerta de la señora Blinder, y la del señor Wace poco después.

Era una noche muy silenciosa, tierra y aire amortiguados por la nieve. Ya en la cama me sentí mejor, y me quedé quieta, escuchando los ruidos extraños que salen en una casa después de que oscurece. Una vez creí oír que una puerta se abría y se cerraba abajo: podía ser la puerta de cristal que daba a los jardines. Me levanté y miré por la ventana; pero era noche de luna nueva, y desde fuera no se veía nada más que la nieve azotando los cristales.

Volví a la cama y debo de haberme quedado dormida, porque me despertó de un salto el timbre sonando con furia. Antes de tener la cabeza despejada había saltado de la cama y me estaba poniendo la ropa. *Ahora va a ocurrir*, me oí decir; pero qué quería decir con eso no lo sabía. Tenía las manos como cubiertas de pegamento; pensé que nunca acabaría de vestirme. Por fin abrí mi puerta y miré por el pasillo. Hasta donde alcanzaba la llama de mi vela, no veía nada inusual delante de mí. Seguí adelante sin aliento; pero cuando empujé la puerta forrada de fieltro que daba al hall principal el corazón se me paró, porque allí, en lo alto de la escalera, estaba Emma Saxon, mirando hacia la oscuridad de abajo con expresión aterrada.

Por un segundo no pude moverme; pero la mano se me resbaló de la puerta, y cuando esta se cerró de golpe la figura desapareció. En ese mismo instante llegó otro sonido desde abajo: un sonido furtivo y misterioso, como el de una llave girando en la cerradura de la puerta principal. Corrí a la habitación de la señora Brympton y llamé.

No hubo respuesta, y volví a llamar. Esta vez oí que alguien se movía en la habitación; el cerrojo descorrió y mi señora apareció ante mí. Para mi sorpresa vi que no se había desvestido para acostarse. Me dirigió una mirada asustada.

—¿Qué es esto, Hartley? —dijo en un susurro—. ¿Está enferma? ¿Qué hace aquí a estas horas?

—No estoy enferma, señora; pero ha sonado mi timbre.

Con eso se puso pálida y pareció a punto de caer.

—Se ha equivocado —dijo con aspereza—; yo no he llamado. Debe de haber estado soñando. —Nunca la había oído hablar en ese tono—. Vuelva a la cama —dijo, cerrándome la puerta en la cara.

Pero mientras hablaba oí de nuevo ruidos abajo: esta vez el paso de un hombre; y la verdad me saltó encima.

—Señora —dije, abriéndome paso junto a ella—, hay alguien en la casa...

—¿Alguien...?

—El señor Brympton, creo... oigo sus pasos abajo...

Una expresión de terror le cruzó el rostro, y sin decir una palabra se desplomó a mis pies. Me arrodillé e intenté levantarla: por cómo respiraba vi que no era un desmayo corriente. Pero mientras le levantaba la cabeza oí pasos rápidos en la escalera y a través del hall: la puerta se abrió de golpe, y allí estaba el señor Brympton, con ropa de viaje, chorreando nieve. Se echó hacia atrás al verme arrodillada junto a mi señora.

—¡Pero qué demonios es esto! —gritó. Estaba menos colorado que de costumbre, y la mancha roja le salió en la frente.

—La señora Brympton se ha desmayado, señor —dije.

Soltó una risa poco firme y pasó a mi lado. —Es una lástima que no haya elegido un momento más oportuno. Lo siento, pero...

Me levanté espantada por la actitud del hombre.

—Señor —dije—, ¿está usted loco? ¿Qué está haciendo?

—Ir a recibir a un amigo —dijo, y pareció dirigirse al tocador.

Con eso el corazón me dio un vuelco. No sé qué pensé ni qué temí; pero me lancé hacia él y le agarré por la manga.

—Señor, señor —dije—, ¡por compasión, mire a su esposa!

Me apartó de un manotazo furioso.

—Parece que eso ya se ha encargado de todo —dijo, y agarró el pomo de la puerta del tocador.

En ese momento oí un leve ruido dentro. Por leve que fuera, él también lo oyó, y abrió la puerta de golpe; pero al hacerlo retrocedió. En el umbral estaba Emma Saxon. Detrás de ella todo era oscuro, pero yo la vi claramente, y él también. Levantó los brazos como para ocultarse el rostro de ella; y cuando volví a mirar, ella había desaparecido.

Se quedó inmóvil, como si las fuerzas le hubieran abandonado; y en el silencio mi señora se incorporó de repente y, abriendo los ojos, fijó en él una mirada. Luego cayó de espaldas, y vi el estremecimiento de la muerte pasarle por encima...

La enterramos al tercer día, en medio de una ventisca de nieve. Había poca gente en la iglesia, pues el tiempo era malo para venir de la ciudad, y tengo la impresión de que mi señora era de las que no tenían muchos amigos íntimos. El señor Ranford fue de los últimos en llegar, justo antes de que la llevaran por el pasillo central. Iba de negro, claro, por ser tan amigo de la familia, y nunca he visto a un caballero tan pálido. Al pasar junto a mí, noté que se apoyaba levemente en un bastón que llevaba; y me parece que el señor Brympton también lo notó, porque la mancha roja le apareció nítida en la frente, y durante todo el oficio no dejó de mirar al señor Ranford al otro lado de la iglesia, en vez de seguir las oraciones como corresponde a quien está de luto.

Cuando terminó y salimos al cementerio, el señor Ranford había desaparecido, y en cuanto enterraron el cuerpo de mi pobre señora, el señor Brympton saltó al carruaje más cercano a la verja y se marchó sin decir una palabra a ninguno de nosotros. Le oí gritar: —¡A la estación! —y los criados volvimos solos a la casa.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB